to y problemático, sino ante una cuestión positiva y abierta: con igual responsabilidad, con aportaciones adecuadas al propio genio, hemos de trabajar juntos por una sociedad mejor. Las cualidades masculinas y las femeninas se necesitan mutuamente, para realizar esta tarea colectiva. En definitiva, sólo se alcanza el bien común —común a todos, hombres y mujeres— mediante un trabajo conjunto. Este cuadro muestra que la discriminación de la mujer no representa sólo una ofensa para ella: constituye una vergüenza también para el varón y un problema muy serio para el mundo.

El verdadero afán por desarrollar juntos la tarea de cuidar del mundo y hacerlo progresar, requiere abandonar esquemas maniqueos y tendencias al conflicto. Hacen falta actitudes de diálogo, cooperación, delicadeza, sensibilidad. El hombre tiene que exigirse más: escuchar, comprender, tener paciencia, pensar en la persona. La mujer también necesita comprender, ser paciente, volcarse en un diálogo constructivo, aprovechar su rica intuición.

Probablemente los dos deben rechazar los modelos que proponen algunos estereotipos dominantes: esas imágenes que empujan al hombre a competir con dureza, o que invitan a la mujer a comportarse con frivolidad, o incluso con un desgraciado exhibicionismo. Necesitamos una nueva forma de pensar, una nueva forma de mirar a los demás, que supere el dominio y la seducción. Así puede surgir un nuevo escenario social, sin vencedores ni vencidos.

En la *Carta a las mujeres*, Juan Pablo II señala que la aportación de la mujer resulta indispensable para "la elaboración de una cultura capaz de conciliar razón y sentimiento", así como para "la edificación de estructuras económicas y políticas más ricas de humanidad". El genio femenino, con esa aptitud innata de conocer, comprender y cuidar del prójimo, ha de extender su influjo a la familia y a la sociedad entera.

San Josemaría solía recordar que "ante Dios, ninguna ocupación es por sí misma grande ni pequeña. Todo adquiere el valor del Amor con que se realiza". Cuando descubrimos que lo importante es la persona, las discriminaciones de todo género tienen sus días contados. La fe cristiana posee la capacidad de ser verdadero fermento de un cambio cultural en este terreno, si las mujeres y los hombres de fe sabemos encarnarla en nuestra vida ordinaria

Roma 25-III-2006

En el primer aniversario del fallecimiento de Juan Pablo II

Juan Pablo II insistió frecuentemente en que el hombre alcanza su plenitud en la donación, en la entrega de sí mismo a Dios y a los demás. Un año después de su fallecimiento, viene esta idea a mi cabeza: Juan Pablo II se ha entregado al Señor, a la Iglesia, no sólo con generosidad, sino con auténtico sacrificio; ha buscado a Cristo, para amarlo y para llevarlo a las almas.

La diferencia entre el Papa lleno de fortaleza física, que tomó el timón de la Iglesia en 1978, y Juan Pablo II en sus últimos años, inclinado bajo el peso de la fatiga y de la enfermedad,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

no indica solamente el paso del tiempo: señala también la medida total de su entrega. Gastó sus energías en servir a Dios y a los hombres.

Considerar el ejemplo de una vida santa nos invita a pensar que la Trinidad nos ha puesto en este mundo para algo. Podemos y debemos ir más allá del horizonte del propio interés. La vocación natural del hombre es el amor, no el egoísmo. Y para el cristiano, la caridad no tiene confines, no discrimina, está abierta a todos, compromete cada una de las acciones de nuestra existencia.

Se pueden analizar muchos aspectos del extraordinario pontificado de Juan Pablo II y su significado en la historia de la Iglesia y del mundo. Pero hoy prefiero recordar esta faceta de su personalidad: su amor a Jesucristo, del que surgía su capacidad de sacrificio, de darse sin reservas, para cumplir su vocación.

Roma
20-IV-2006

En el primer aniversario de la elección de Benedicto XVI

Hace un año, Benedicto XVI fue elegido como Sucesor de San Pedro, tomando el relevo de Juan Pablo II. Un año es un espacio de tiempo muy corto en la historia de la Iglesia, pero suficiente para experimentar una vez más que en el paso de un Papa a otro, por encima de las diferencias personales, se manifiesta una continuidad.

Me gusta recordar que en la raíz de la continuidad se encuentra, ante todo, la asistencia del Espíritu Santo sobre la Iglesia y la oración de los fieles por su Pastor Supremo. La unidad de los católicos no supone uniformidad en lo opinable y mudable, sino comunión en la misma fe, en una idéntica esperanza, en la caridad fraterna que, si respondemos fielmente, hace que, en Jesucristo, seamos un solo corazón y una sola alma.

El mundo tiene necesidad de que todos en la Iglesia prestemos nuestra mejor lealtad a su misión de servicio, comprometidos con la verdad. Para esto, contamos ahora con el Papa Benedicto XVI que, junto a sus bien conocidas cualidades humanas, nos ofrece especialmente el testimonio firme de la fe en este Dios nuestro que es Amor. Quiera el Señor que los católicos secundemos la gracia que nos mueve a adherirnos con nuestra entera inteligencia al Magisterio del Papa, y a rezar diariamente y de corazón por su persona e intenciones.

París
21-IV-2006

Entrevista concedida a "Le Figaro-Magazine", París

¿Para qué sirve a la Iglesia el estatuto —único en estos momentos— de Prelatura personal concedido al Opus Dei? ¿Le permite sobre todo a la Iglesia estar mejor informada sobre la evolución de la sociedad laica en general y sobre la comunidad católica en particular?

Ciertamente, hoy en día, el Opus Dei es la única prelatura personal en sentido estricto. Pero existen en la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei